

CHARNEGO. Del catalán *xarnego*, que a su vez se deriva de *charnègo* (en gascón, forastero). El origen es la palabra española *nocharniego* o *lu-charniego*, aplicado a los perros de caza nocturna



Cuatro generaciones de *charnegos*

Tuvieron que digerir la sustancia misma de la decepción cuando llegaron a Gerona, al comprobar que las casitas apañadas de las que hablaba mi bisabuelo Andrés en sus cartas eran casetas de hortelano. Mi abuelo Rafael, a la cabeza del grupo de 13 o 14 personas que se había desplazado desde Jaén, le dijo a mi bisabuelo, su suegro, que él no había dejado su tierra para vivir en un sitio peor y que no pensaba dormir en aquellas casetas de mierda. Entonces él y mi abuela, junto con mis tíos abuelos, una de mis bisabuelas, un niño de cinco años y dos bebés, uno de ellos mi padre, emprendieron el camino hacia ninguna parte, guiados por la terca dignidad de los pobres. Estuvieron a punto de dormir debajo de un puente, pero los echó de allí un municipal por el riesgo de crecida del río. Acabaron pasando la noche en una casa en construcción. Probablemente en los días posteriores volvieron a las casetas de hortelano. Al cabo de un tiempo, mi abuelo y mi tío abuelo construyeron junto al río Ter la primera de las chabolas que formarían uno de los tres núcleos de barraquismo de la ciudad.

Pero no solo hubieron de enfrentar estrecheces materiales. La sombra del desprecio también empezó a planear en aquella realidad nueva. Como cuando el cura que casó a mis tíos abuelos en la iglesia del Mercadal, al enterarse de que el niño de cinco años que correteaba por allí era hijo suyo, exclamó: «¡Andaluces teníais que ser!». O como cuando un matrimonio autóctono le tiró condescendiente una moneda a mi tío abuelo mientras arreglaba su abarca en la orilla del Ter.

Mis abuelos maternos, junto con sus nueve hijos, también vivieron en un barrio de chabolas, en Las Pedreras, al llegar a Gerona. Las penurias no fueron las mismas, porque mis cuatro tíos mayores ya trabajaban y eso permitió que los pequeños se educaran en colegios de pago y se relacionaran con los niños catalanes. Y la sombra de los menosprecios cotidianos fue ganando consistencia. Como cuando una maestra dijo de uno de mis tíos que nunca se habría imaginado que un charneco de Las Pedreras pudiera realizar un examen tan bueno. O como cuando ese mismo tío, ya de adulto, escuchó en una reunión de amigos que los charnegos eran unos incultos, una chusma que ponía en peligro el carácter avanzado de la sociedad catalana.

Esa sombra siguió planeando, ya en democracia.

Se concretó en detalles a los que mi familia no daba excesiva importancia porque estaban demasiado ocupados en salir adelante. Por ejemplo, mi madre, quien se pasó la vida limpiando casas y a quien una de sus jefas, con todo el desprecio del que fue capaz, le recriminó que no hubiera aprendido a hablar catalán. Tampoco yo concedí, durante mi niñez y juventud, demasiada importancia a aquella red cotidiana de gestos y comentarios. A pesar de las veces que me afearon hablar en castellano en público o de algún gesto de indisimulada sorpresa cuando obtenía algún logro académico reseñable. Pero aquella sutil presión surtió efecto: llegué a cambiar mi lengua de relación habitual y me ensoberbecí cada vez que alabaron mi dicción en catalán. Comencé a mimetizarme con el paisaje y mi día a día se hizo más llevadero: de repente disminuyeron las situaciones de tensión que había experimentado hasta entonces. Eso no impidió, sin embargo, que algunos compañeros de trabajo me pusieran como mote «el *quillo* ilustrado».

El *procés* dinamitó muchas cosas. A mí me sirvió para darme cuenta de la naturaleza xenófoba del proyecto nacionalista. Y mi experiencia pasada cobró una dimensión nueva. Ahora es la cuarta generación, la de mis hijos, la que crece en ese medio. Un profesor de mi hijo mayor nos dijo que se notaba que era castellanohablante por la articulación de no sé qué fonemas, a pesar de que al niño le hablamos inicialmente en catalán y así nos estuvo hablando hasta los ocho años. A mi hija pequeña, en cambio, decidimos hablarle en castellano, porque no quisimos, esta vez, ceder al chantaje identitario. Pero con ella, sintomáticamente, nos hemos tenido que enfrentar a situaciones que no vivimos con el mayor. Como cuando la tutora de nuestra hija nos dijo el curso pasado que todavía hablaba demasiado castellano en clase y en el patio. Y esa presión, muchas veces de baja intensidad, sigue surtiendo efecto: mi

hija, a sus cinco años, responde en catalán cada vez que un desconocido le habla, independientemente de la lengua con la que se dirija a ella.

Y así se nos ha ido haciendo entender a los charnegos de cuatro generaciones cuál es el peaje que hay que pagar en la Cataluña nacionalista para vivir en paz. No deja de resultar llamativo –e hiriente– que en estos tiempos de sacralización del subjetivismo, de consagración de la condición de víctima, haya quien quiera negarnos el derecho a contar nuestra historia, escrita en los márgenes de la hegemonía nacionalista, ignorada y negada tantas veces, porque solo sepultando nuestra voz el nacionalismo podrá seguir encubriendo su verdadera naturaleza moral.

L



Iván Teruel



LOS ABUELOS MATERNOS DEL AUTOR.



IVÁN TERUEL
¿SOMOS EL FRACASO DE CATALUÑA?
Los Libros del Lince. 281 pp.
19,90 euros.